

Capítulo 8 - Luces pálidas

- Capítulo 8 - Luces pálidas

Capítulo 8 - Luces pálidas

El clima era placentero.

Las luces del Gran Orrery brillaban en tonalidades de azul y bronce, acariciando suavemente las piedras del pavimento, mientras una brisa delicada, demasiado suave para desafiar la neblina matutina, descendía por la calle. Si Song fuera una mujer afortunada, estaría sentada en la encantadora terraza del jardín en las Escudos Esmeralda, saboreando una taza de té Jigong verde, esperando que Angharad se uniera a ella para compartir un completo relato de su noche en el Antiguo Teatro. Tal vez compartieran un poco del pan de miel que Song había oído mencionar con entusiasmo por el Tío Zhuge, y quizás también tuvieran algo que decir sobre la tensión con Maryam mientras aguardaban su regreso desde la casa capitular de Akelarre.

Pero los Ren estaban malditos, amados solo por la desgracia, así que en lugar de eso, Song se dirigía a una casa de detención para sacar a Tristan maldito Abrascal de allí.

La Guardia no llamaba a eso cárcel, lo que aliviaba su corazón como si un miembro de su brigada hubiera sido arrojado a la cárcel incluso antes de comenzar las clases. Song tal vez tendría que lanzarse a la Bahía Allazei para acabar con ese escándalo temprano y evitar más humillaciones. Un dios como oponente podía ser superado, pero no un compañero cerdo. Solo el pensamiento de que quizás esto no fuera culpa del ladrón le impedía enfurecerse demasiado con Abrascal, quien quizás había sido víctima en el asunto que lo había llevado a esa especie de prisión.

Abrascal merecía una audiencia justa, sin importar sus preocupaciones acerca del hombre.

El mismo empleado de la Guardia que le había dicho que no había regresado la noche anterior, fue amable y le proporcionó las indicaciones hacia la casa de detención, que había enviado el aviso de que tenían a Tristan. Así que, a las cinco y cuarenta y cinco en punto, se presentó en la puerta, vestida con cuidado, recién bañada y peinada, con las botones de su abrigo relucientes. Desde el exterior, el edificio parecía más un hostel que una prisión, salvo por los dos vigilantes medio dormidos que descansaban junto a la puerta. Se enderezaron al verla, aunque sus miradas permanecían aburridas.

"Placa", preguntó uno de los dos.

Sin decir palabra, presentó el sello de plata, que el vigilante inspeccionó antes de devolverlo.

"¿La decimotercera, huh?", se burló. "¡Qué suerte tienes! ¿Vienes por el chico que terminó del lado equivocado de la línea roja?"

Tristan Abrascal, te juro que voy a matarte, pensó. Dioses y Círculo, ¿realmente no podían dejarlo pasar ni un solo día?

"Estoy segura de que solo se trata de un malentendido", mintió Song, sonriendo cortésmente.
"¿Puedo entrar?"

El guardia la hizo pasar con pereza. La Tianxi encontró que su primera impresión tenía cierta veracidad: el edificio claramente había sido un hostel en algún momento del pasado. La sala común parecía igual a antes, aunque despojada de algunas mesas para dejar lugar a armarios para armas, y lo que seguramente eran las habitaciones para alojar a los prisioneros ahora servían para mantener bajo arresto a los estudiantes. Dentro, un puñado de caperuzas negras estaban sentadas en la mesa junto a la chimenea, dos de ellas leyendo mientras otras charlaban entre tazas de té humeantes.

Una de ellas, una mujer con aspecto de Someshwari, se volvió al verla y se levantó al percibirla.

"¿La decimotercera?", preguntó.

Se dio cuenta del acento Kuril. Inusual, ya que esas personas de las montañas rara vez abandonaban el continente, pero se decía que algunos se convertían en mercenarios en tiempos difíciles, y la Guardia reclutaba en su mayoría entre soldados de fortuna — tanto la guarnición como las compañías libres.

"Soy la capitana Song Ren de la Décimo Tercera Brigada," confirmó. "Estoy aquí por Tristan Abrascal."

"La habitación de la izquierda," indicó la Someshwari. "Él está con el sargento Hotl, puedes entrar directamente."

Song asintió en señal de gratitud y se dispuso a poner fin a aquel embrollo lo antes posible. Estaba a unos pocos metros de la puerta cuando escuchó a Abrascal gritar desde adentro, apretando la mandíbula con la furia más rápida que la mercurio. Era una cosa detener a un miembro de su cábala, otra muy distinta golpearlo. Eso no sería tolerado. La mano en el cincel, se recordó a sí misma, pero abrió la puerta con más fuerza de la necesaria.

Solo para encontrarse con Abrascal sentado con el sargento Hotl conversando sobre una partida de cartas, quejándose mientras perdía una mano contra el sombrero negro de Aztlán. Lo suficientemente alto como para que ninguno notara su llegada. La diosa calamidad apoyada contra la pared, capaz de mirar las cartas de Hotl aunque, sin duda, tal acción sería por debajo de ella. Abrascal había estado gritando por su derrota, no pegando, y así el orden se restableció: Song tenía permitido enfurecerse con él una vez más.

"¿Tres reyes de valor?" gimió Tristan. "¡El potro de torturas habría sido más amable!"

"No me pongas a prueba," dijo Song fríamente, entrando y cerrando la puerta tras ella.

Por fin, ambos se dieron cuenta de su presencia; el sargento Hotl se echó a reír y Abrascal se enderezó como un niño atrapado robando dulces. El hombre de ojos grises le dirigió una sonrisa que debe haber creído ganadora, lo que la llevó a apretar más la mandíbula. Lo que más odiaba de él era esa forma de hacerlo todo parecer un juego, una broma. Como si la situación no fuera de

vida o muerte, una posible mácula en la reputación de su cábala que podrían estar pagando durante meses.

“Tu placa,” preguntó el sargento Hotl, reclinándose en su silla.

Con un acto de obediencia, Song le entregó la placa, echando un rápido vistazo sobre la cabeza de Hotl a las filas de letras doradas que flotaban allí y que se desplegaban aún más allá de su mirada. Escritas en Centzón, no en Omeyetl, por lo que era lo suficientemente fácil de leer. Solo le quedaron unos momentos para ojear los términos antes de que devolviera la placa, pero fue suficiente para deducir que el contrato parecía estar relacionado con la memoria. Hotl – Itzcuin Hotl, aprendió a través de los términos – pidió su nombre y asintió tras recibirlo.

“Su hombre aquí está en detención por haber cruzado una línea roja marcada por uno de los patrullajes occidentales, capitana Song,” le informó el sargento. “Su historia sobre cómo llegó allí concuerda, y parece que fue un cruce accidental. Investigamos los detalles.”

Song, erguida como una lanza ante ambos, inclinó el cuello en señal de asentimiento.

“¿Entiendo que un cruce accidental es una falta menor en comparación con una intencional?” preguntó.

“No es una falta en absoluto,” respondió el sargento Hotl. “Ha sido detenido porque, aunque pasó la prueba de Judas, podría haber sido poseído por un dios. Pasó una noche en contención sin que le diera una crisis, por lo que esa posibilidad parece descartada.”

La prueba de Judas, había leído Song, era uno de los métodos de la Guardia para determinar si alguien había sido poseído. Sesenta y seis segundos expuesto a plata brumal, un metal que provocaba reacciones alérgicas en la carne de aquellos poseídos por dioses. Eso explicaba por qué la placa de su brigada era plateada, aunque debía ser una aleación, ya que la plata brumal era sumamente cara – pero ahora entendía por qué Tristan había tenido que ser sometido a una prueba de posesión en primer lugar.

Esa misma interrogación podía esperar, decidió Song.

“Entonces, está exento de riesgos,” afirmó ella.

“Él lo es,” concedió el sargento Hotl.

Ella le lanzó una mirada a Tristan.

“¡Arriba!”, ordenó. “Puedes intentar convencerme esta mañana de que no fue tu culpa.”

No merecía en absoluto las galletas de miel de las Bóvedas Esmeralda, pero el mundo era un lugar injusto y ella no se privaría de pequeños placeres. Solo el ladrón permaneció quieto y Hotl levantó una ceja con desprecio.

“Tu hombre también es la razón por la que dos estudiantes están en el hospital,” dijo el vigilante. “No se irá a ninguna parte hasta que tu patrocinador venga a buscarlo.”

Song lanzó una mirada a Abrascal, solicitándole en silencio una explicación.

“Lo del segundo no fue ni siquiera realmente mi culpa,” se quejó él. “La casa se derrumbó y el tipo fue golpeado por mampostería suelta que se quedó en la calle como un tonto.”

“La casa se derrumbó porque lanzaste una granada a la azotea,” le recordó el sargento Hotl.

Aparentemente, esa no era la primera vez que tenían esta conversación. El dios de las calamidades de Abrascal, cuyo nombre quemaba los ojos de Song solo de mirarlo cuando echaba un vistazo al contrato flotante, se reía de algo. ¿Quizá, júbilo por la violencia hecha en su nombre?

“Solo fue unos fuegos artificiales, que lancé a un estudiante Skiritai,” dijo Abrascal con fastidio. “Y él está bien, me dijiste, incluso aunque quedó ciego, sordo y en la azotea cuando cayó. Lanzé la maldita cosa y aun así tengo golpes.”

El ladrón le dirigió una mirada.

“Es injusto que otras personas también tengan un Tredegar,” le dijo seriamente el hombre de ojos grises. “Prefería mucho más cuando teníamos el monopolio sobre ese tipo de cosas.”

A Song siempre le desagradaba cuando estaba de acuerdo con algo que él decía. Le hacía sentir como si hubiera entrado en un circo especialmente vergonzoso. La Tianxi aclaró la garganta.

“Nuestro patrocinador aún no ha llegado a Tolomontera,” informó al sargento. “No tenemos idea de cuándo podría hacerlo, lo que significa que Tristan podría permanecer bajo tu custodia mucho más allá del comienzo de las clases.”

Una pausa, una sonrisa alentadora. Las sonrisas suelen obtener más que las cejas fruncidas cuando eres una joven mujer. A menos que tengas un mosquete en mano, de todos modos.

“¿Sería posible que asuma la responsabilidad necesaria como su capitana y que lo liberen en mi cuidado?”

“Estás atrasada,” respondió el sargento Hotl. “Tu patrocinador llegó anoche tarde y envió un mensaje diciendo que Tristan no debe ser liberado bajo ninguna circunstancia hasta que llegue.”

Song inhaló con aire profundo. No disfrutaba parecer una tonta, cosa que acababa de hacer. Con la mano en el cincel, se recordó a sí misma. Si algo, que su patrocinador finalmente hubiera llegado era una buena noticia. Tenía muchas preguntas que hacerle.

“¿Sabe usted acaso cuándo tienen previsto llegar, entonces?” preguntó amablemente.

Antes de que el sargento pudiera responder, el sonido de un pequeño altercado en la sala común llamó su atención. Song apenas tuvo tiempo de girar cuando la puerta se abrió bruscamente y un

hombre fue descubierto ante sus ojos.

“Mierda,” dijo Tristan.

Le tomó un momento reconocer al hombre que entraba en la habitación, pero solo eso, y una vez más, se unió al circo.

El teniente Wen no había perdido ni una pizca de peso desde el dominio; su barriga todavía apenas cabía en su abrigo negro y chaleco. Su compañero Tianxi sostenía un par de churros frescos por un pequeño pedazo de tela doblada, uno mordido recientemente — masticaba con ruido y no saludó a nadie en la sala tras entrar. El sargento Hotl se levantó y saludó con la mano.

“Señor,” dijo él, “yo soy—”

Wen levantó un dedo, silenciando al oficial de Aztlán, y luego trago ruidosamente. Song habría pensado que había terminado, pero entonces se secó la mano en su abrigo y buscó dentro de un bolsillo sus gafas de montura dorada. Las colocó cuidadosamente sobre su nariz, y el sargento Hotl abrió de nuevo la boca, solo para ser silenciado por un dedo otra vez.

El teniente Wen mordió otro bocado de churro y mantuvo a todos en silencio mientras masticaba y tragaba, hasta que finalmente soltó un suspiro satisfecho.

“Ah, eso es mucho mejor,” dijo Wen alegremente, luego dirigió una mirada firme a la sala. “Bien, mi mañana ahora es lo bastante tolerable para soportar esto. Continúen, sargento.”

“Sargento Hotl, señor,” dijo el oficial de Aztlán. “Relevé al sargento Gentry, quien redactó y envió el informe que recibí, pero ya me familiaricé con los detalles.”

“Es un caso bastante sencillo,” dijo el teniente Wen de manera amigable. “Tristán es un pequeño miserable astuto, pero fue la Cuadragésimo Novena quien inició la pelea y no violó deliberadamente ninguna regla de la Scholomance. Me han informado de la situación, así que no hay necesidad de involucrar a la guarnición.”

“Como usted diga, señor,” respondió el sargento Hotl. “Solo necesito que lo firme y ya es suyo.”

El oficial corpulento mordió otro churro y Song apenas disimuló su estremecimiento. La absoluta falta de modales de Wen, la deliberada desobediencia a las normas de cortesía, nunca dejaba de enfurecerla. Especialmente en un Tianxi que debería saber comportarse mejor.

“Vamos,” dijo el teniente Wen. “Los otros deberían estar esperándonos en la Calle Hostel ya, y no voy a dedicarles todo el día a estos mocosos.”

--

Unos minutos más tarde estaban en la calle, regresando a su alojamiento.

Song nunca logró decidir si el teniente Wen era yixin o no—es decir, de raza Cathayana, pero criado en una cultura extranjera. Los gemelos de labios azules en el Dominio habían sido así y estaban casi orgullosos de ello, pero el oficial de gran tamaño era más difícil de clasificar. Tristan no parecía poder mirar a Wen sin querer hacer una mueca, así que Song tomó la iniciativa de romper el silencio.

“Un placer volver a encontrarte, teniente Wen,” dijo.

“Ahora, capitán Wen,” corrigió el hombre con una sonrisa dura. “¿Quién hubiera pensado que esos años de quejas formales sobre Vasanti acabarían siendo útiles? Yo era una voz solitaria de verdad, ignorada por un comandante negligente, Ren, un auténtico héroe anónimo.”

Se mordió los churros con gusto, dejando salir ruidos indecentes mientras comía. Song aún no lograba identificar su acento en Antigua, que sonaba a Erlangi, pero no del todo gutural. No venía de una república del sur, eso era seguro, pero no parecía haber sido criado hablando Machin; el dialecto de las repúblicas orientales era demasiado particular para confundirlo.

Si era yixin, eso explicaría sus modales, pensó. Y también que fuera un idiota, lo cual claramente era.

“Buenas noticias,” respondió Song cortésmente. “Debo admitir que no esperaba verte tan pronto después del Dominio, mucho menos que te nombraran como nuestro mecenas en la Scholomance.”

“También fue una sorpresa para mí,” respondió Wen. “Estaba en el Rookery, citado ante un tribunal para determinar si me degradarían, y en cambio me absolvieron en menos de una hora, antes de ofrecerme un puesto para el que ni siquiera había aplicado. Me enviaron en el primer barco, Mandisa conmigo.”

“Debiste haber destacado durante la crisis”, dijo Song.

El hombre mordió nuevamente sus churros.

“No”, respondió, con la boca medio llena. “Estoy pensando más bien que alguien en el Comité Oscuro tiene en la mira a tu grupo. Desde que recomendé disparar a Tristan en mi informe sobre el Juicio de las Ruinas, esperan que los mate a todos.”

Song tragó saliva. ¿Había sido ella la causante de esto? Había oído rumores de que un miembro en funciones del comité que gobernaba Scholomance tenía familiares en Jigong, aunque solo eran rumores. Abrascal finalmente dejó de estar mudo, lo que al menos distrajo a Wen de su angustia temporal.

“¿Disparar? ¿De verdad?” se quejó. “Eso no fue necesario en absoluto.”

“Te pierdes todas las ejecuciones públicas que no pides tú”, respondió filosóficamente la capitana Wen. “Pensé en tener suerte y que te enviaran a un campamento del Garrison como compromiso, pero parece que eres la mascota de alguien importante en las filas.”

“La palabra que buscas es alumno”, replicó Abrascal con contundencia.

Había un calor genuino en sus ojos, una visión rara. A diferencia del oscuro júbilo en los de Wen, que parecía tratarse de un hombre que acababa de encontrar su juguete favorito.

“¿Escuché bien que la sargenta Mandisa te acompañaba?” preguntó Song, desviando la atención de la explosión. “¿Quizá también haya sido ascendida?”

“No, Mandi sigue siendo sargenta”, dijo Wen con apariencia gruñona. “Tuve que hacer gestiones para sacarla del Dominio, también querían que me asignaran una sargenta del cuartel de Tolomontera.”

No fue una larga caminata de regreso por la Calle del Hostal, y el primer tramo lo pasaron en silencio, así que cuando doblaron la esquina, Song no se sorprendió al ver que tenían a la vista el Hostal Rainsparrow. En la calle, frente a él, estaban los tres esperándolos: Maryam, que por fin parecía estar realmente descansada, y luego las dos que charlaban, Angharad y la sargenta Mandisa. Ambas eran mujeres altas, de piel oscura, atractivas y con un toque letal.

No era el estilo de Song, pero podía entender por qué atraían miradas persistentes, incluso a esa temprana hora.

Wen había acabado con todos los churros para cuando se reunieron con los demás, algo que no habría pensado posible si no fuera por las pruebas ante sus ojos, y parecía algo mejor de ánimo. Una pequeña alegría en medio de la tormenta.

“Wen”, saludó la sargenta Mandisa. “¿Ya terminaste de molestar a los novatos?”

“No es molestar si lo merecen”, respondió él.

Se detuvo un momento para saludar cortésmente a Maryam y con cierta sinceridad a Angharad. Mandisa hizo lo mismo con ellas, bromeando con Tristan con una sonrisa antes de ofrecerle la mano a Song para estrecharla. Ella la tomó.

“Felicidades por ser nombrada capitana”, dijo Mandisa. “Escuché que puedes que te confirmen oficialmente en el puesto si te gradúas con ese título.”

Esa era la meta de Song, sí. Los cabalistas estaban fuera de la cadena de mando habitual de la Guardia y no podían usar sus rangos para mandar a los soldados regulares, pero respondían directamente a los oficiales de alto rango a los que estaban asignados y no podían ser comandados por nadie más. Era la mejor forma, rápida y efectiva, de poder realizar trabajos que lograrían restaurar el honor de su familia.

“Haré todo lo posible por estar a la altura del privilegio”, respondió.

“Mira qué bien, diciendo los dichos de la Franja”, bromeó la sargenta. “Eres adorable.”

Song no frunció el ceño, pero casi, pues ya tenía casi veinte años, mucho más allá de aquella edad para halagos infantiles.

—Muy bien—, dijo el Capitán Wen—. Necesito informar a los muchachitos y, como escuché que aquí abren un Chimerical, aprovecharé para hacer dos cosas de una sola vez. ¿Mandisa?

La alta sargento arrugó la nariz.

—No, gracias—, respondió ella—. Iré a ver si ya tenemos nuestro equipaje y a ordenar las habitaciones.

—Muy agradecido—, dijo Wen, y luego dirigió su mirada hacia ellos.

Esbozó una sonrisa desagradable.

—Vamos, será una experiencia de aprendizaje.

—

A pesar de sus palabras amenazantes, resultó que el Chimerical era una pequeña tienda escondida en una esquina, a apenas unas pocas calles de las grandiosas fachadas de la Calle del Hostal.

Tenía un aspecto descuidado. La fachada de madera estaba encorvada y sucia, la única ventana de cristal cubierta de polvo viejo, y el cartel del negocio había desaparecido con el tiempo. Antes, una quimera había sido pintada en color dorado, pero el paso de los años había borrado buena parte del cuerpo y todas las cabezas, salvo la de la serpiente. La silueta de la lemure sería irreconocible si no fuera por el nombre del lugar, que estaba escrito en la estera de bienvenida. A Wen le costó dos intentos abrir con fuerza la gruesa puerta de madera, y entonces un olor desagradable salió despedido.

Fuerte, amargo y persistente.

—Esto es una cafetería—, dijo Song, con verdadera sorpresa.

El té malani era increíblemente popular en Izcalli y en amplios sectores del Mar Trebiano, pero nunca había logrado gran aceptación en las Repúblicas. La ceremonia del té estaba demasiado vinculada a muchas tradiciones que sustentaban la sociedad.

—El único en Tolomontera—, coincidió el Capitán Wen—. No difundas la noticia.

Ella fue la primera en entrar tras el capitán, frunciendo el ceño al observar el interior. El Chimerical no estaba mucho más ordenado allí, y seguía siendo incómodamente estrecho. Todo el local parecía algo más que unas cuantas mesas en cabinas con paredes, y frente a un mostrador tras el cual, entre otros utensilios, pudo distinguir la maquinaria para hacer café: tostadora, molcajete y diversos vasijas de cobre para el hervor. Sin embargo, la pequeñez del lugar no habría sido tan agobiante, pensó Song, si el propietario no hubiera decidido llenarlo con multitud de objetos ínfimos.

Un caimán disecado colgaba del techo, junto a una fila de frascos verdes con patas de rana en conservantes, a su lado, un globo terráqueo con los bordes pintados que no correspondía a ninguna nación en particular giraba lentamente, y no menos de siete lanzas de Izcalli decoraban el espacio como trofeos; ¿y era esa una maceta con belladona en la esquina? Con cada mirada, encontraba aún más trastos sin sentido, ninguno organizado ni dispuesto de forma agradable. La escena era, sin duda, terrible.

—Oh—, exclamó Angharad, entrando detrás de ella con los ojos abiertos de par en par—. ¡Qué encantador!

Song mantenía la calma, y por eso no devolvió la mirada de reproche, aunque seguramente lo merecía. En cambio, siguió a Wen hasta el rincón más alejado, donde su mesa estaba ocupada por un gato negro, prodigiosamente gordo. Cuando el capitán lo acarició, se recostó de espaldas, extendiendo su vientre, y ronroneó con fuerza, mostrando más afecto en ese instante que en toda su vida al ver a una persona que no fuera Mandisa.

—Bien, buen chico—, elogió el capitán—. Eres un buen chico, sí, lo eres.

Maryam, que había alcanzado a Song mientras Abrascal y Angharad observaban el globo y discutían entusiasmados señalando un mar que Song estaba bastante convencida de que no existía, se acercó a ella y lanzó una mirada escéptica al felino.

—Más necio que bobo, ese—, murmuró la señalizadora.

Song se sobresaltó, produciendo un resoplido que, con cortesía, transformó en una tos.

“El dueño parece ausente,” comentó. “Quizá deberíamos—”

“Tome asiento, por supuesto.”

Casi fue, pero Song contuvo su impulso de alcanzar su daga. La voz provenía de detrás de ella, del mostrador donde juraría que no había nadie. Ahora se encontraba un hombre alto y de edad avanzada, con cabellos castaños salpicados de canas. Vestía un chaleco oxidado con rajaduras sobre un doblét gris de cuello alto y medias a juego, y lucía un boina negra con un ala en ángulo, adornada con una pluma de avestruz en la parte superior. El propietario la miró con gravedad.

Sus cejas, no pudo evitar notarlo, se parecían mucho a las orejas de la lechuza grand duke, que tenía a su izquierda.

Wen dejó al gato, que maullaba con desesperación al retirarle las caricias en la barriga, y se volvió hacia el dueño. Parecía sorprendido por la aparición repentina, así que quizás era algo habitual. ¿Una trampilla detrás del mostrador, quizás? No parecía haber una habitación trasera donde el dueño pudiera vivir, mucho menos un segundo piso.

“Hage,” saludó el Capitán Wen al hombre.

“Wen Duan,” respondió Hage, levantando sus imponentes cejas. “De nuevo de exilio, veo.”

“Simplemente no puedo ser contenido,” dijo Wen con alegría, acariciando la cabeza del maullador. “¿Cómo se llama este hermoso chico?”

“Mephistofeline,” contestó el propietario con una sonrisa amplia. “Príncipe del Infierno, reclamante felón al trono del Pandemónium.”

Y todos, salvo Wen, quedaron inmóviles, ya que más allá de una fila de dientes blancos se asomaba una boca con colmillos. Dios, qué diablo tan diabólico era Hage. Mephistofeline rompió el silencio saltando de la mesa y aterrizando con un golpe poco digno.

Song había esperado medio que rebotara.

“La Oficina de Oposición intentará asesinarte otra vez si escuchan eso,” respondió Wen con diversión.

Hage desestimó esas palabras con un gesto indiferente.

“Eso le dará a Asher algo de qué bufar,” dijo el diablo. “¿Lo de siempre?”

“Por favor,” dijo Wen.

El diablo giró la vista—unos ojos castaños plácidos que en realidad no usaba en ese momento—hacia ellos.

“¿Sus órdenes?” preguntó con voz controlada.

“Te invitaré esta vez,” les dijo Wen. “Haz lo que mejor te parezca.”

“¿Tienes frijoles Uthukile?” preguntó esperanzada Angharad.

“No soy un salvaje, muchacha, por supuesto que tengo frijoles Uthukile,” dijo Hage. “Sonda del sur de Tsenda, corazón de las tierras fluviales.”

La Pereduri se animó, pues esas palabras parecían tener significado para ella. Song nunca había oído hablar de Tsenda, aunque sabía que las ‘tierras fluviales’ referían a una región cercana a la frontera entre las islas Uthukile y Malan. Era la zona más rica y poblada de Uthukile, debido a estar más alejada de la costa de la Isla Baja y sus tormentas famosas.

“Entonces quisiera una taza, si no le molesta,” dijo Angharad. “Sin adornos.”

El diablo asintió con aprobación y pasó a los demás.

“Tomaré lo mismo que el Capitán Wen,” ofreció Maryam.

Una ceja levantada y un gesto de asentimiento. El diablo dirigió su mirada hacia Song, quien forzó una sonrisa.

“¿No tendrás té?” preguntó.

Hage frunció el ceño, lanzando una mirada a Wen, que levantó las manos en señal de defensa.

“Ella es del país antiguo,” dijo Wen. “Ya sabes cómo son ellos.”

Definitivamente, pensó Song, parecía tener yixin. Eso podría explicar por qué le importaba poco su apellido, aunque como patrocinador del Treceavo seguramente conocía su linaje; no era una coincidencia que la reconociera por ese dato.

—¿Quieres una taza de Totochtin dorado, con dos azúcares y mi desprecio?, anunció el diablo.

—¿Chico?

—Agua, gracias, —respondió Abrascal con sequedad.

Hage lo contempló, murmuró algo acerca de despedir a Liergan por sexta vez y desestimó la existencia del Sacromontano mientras se dedicaba a atender los pedidos. Abrascal suspiró y ella le lanzó una mirada curiosa. Él frunció el ceño.

—El café es una sustancia adictiva, —le explicó—. Tómalo durante mucho tiempo y sufrirás dolores de cabeza si dejas de hacerlo.

—No me oirás en contra, —le dijo Song.

La Tianxi, de repente, se dio cuenta de que jamás había visto a Tristan tomar un sorbo de licor sin que le empujaran a hacerlo. La dedicación a mantener una mente clara resultaba admirable, y tal vez explicaba en parte cómo alguien cuyo contrato se reducía a un glorificado lanzamiento de moneda seguía vivo. El dios de la calamidad parecía deambulando, observando los objetos decorativos, aunque Song no podía permitirse más que una mirada furtiva sin arriesgar ser sorprendida mirando.

Todos se apiñaron en la misma cabina, Wen ocupando un lado solo, mientras los demás se sentaban frente a él. El capitán los miró con evidente descontento.

—Sabía que esto sería una verdadera lata cuando acepté el cargo, —manifestó—, pero de alguna forma ustedes han superado mis expectativas.

Lentamente, entrecerró los ojos.

—Hace menos de un día que estoy en esta isla y ya he tenido que lidiar en mi nombre con dos combates, —afirmó el capitán con tono directo—. ¿Alguno de los que iniciaron uno de ellos querría dar alguna explicación?

Abrascal sonrió, pero no dijo nada, así que Angharad, con gallardía, se lanzó a la carga.

—Fue un duelo de honor, — explicó—, y lo terminé con la primera sangre.

Wen la miró con ojos furibundos.

—Eso es lo que tú dices, —intervino—, pero lo que el patrón de la Novena Brigada me gritaba al oído era que tú incapacitaron y humillaron a sus Skiritai dos días antes del inicio de clases.

Song le había pedido que dejara una buena impresión, y Angharad lo logró. Era siempre un placer cuando una orden se seguía con tal excepcional dedicación. Solo Wen no parecía tan satisfecho.

—Tuve que hacer muchas vueltas para que no pusieran precio a intentar incapacitar cada uno de tus brazos esa misma mañana, —explicó Wen—. Tienes suerte que Lady Knit no haya pedido un precio muy alto para hacer que ese chico vuelva a mover su brazo.

Song aclaró la garganta, y esa acción le valió una mirada fulminante.

—¿Lady Knit?

—La diosa que dirige el hospital aquí, —dijo Wen.

Ella ya sospechaba que tendría que ser así, y algunas expresiones sorprendidas de los demás confirmaron que, fuera de la República, los dioses no suelen ser considerados ciudadanos.

—También tienen curanderos mundanos, —les indicó el capitán—, pero si quieres un milagro, Lady Knit es tu mejor opción. No obstante, no recomiendo usar sus servicios con frecuencia.

Wen volvió a centrarse en Angharad.

—Defendí que habías sido provocada, pero aun así tuviste que pagar para que la situación no se descontrolara, —dijo—. Como castigo, la Tercera Brigada no asistirá a la reunión en la Plaza de la Miseria esta tarde.

Song se tensó. Dado que todos los demás estudiantes de la Scholomance debían estar allí, su ausencia no pasaría desapercibida. Ella había pensado aprovechar la reputación que Angharad les había ganado, fortalecer la alianza con la brigada del capitán Ferranda y profundizar su relación con la Tercera. Todo eso sería en vano si se les impedía asistir, y tras la conversación sobre la decimotercera, no se hablaría más de aquella victoria espectacular del espejo-danza, sino de la misteriosa ausencia del cábala.

—¿No sería posible—dijo con delicadeza Song—cambiar esa condena por otra, señor? Tal vez una multa.

Es mejor perder fondos de la brigada que conexiones con la brigada. El dinero volvería, pero no las oportunidades.

—No me malinterprete, Ren—le dijo Wen—Scholomance solo tiene y tuvo tres reglas: como su patrocinante, fui asignado aquí para ofrecerle consejos y actuar como intermediario. En realidad, no puedo darle órdenes ni sanciones. Nadie puede hacerlo más que la guarnición y sus maestros, y la autoridad de estos últimos también es limitada.

Volvió a tomar un sorbo de su café y luego lo dejó en la mesa.

—Negocié un acuerdo con el patrón del Noveno, pero usted no está en absoluto obligada a acatarlo—continuó, rompiendo otro pedazo de bizcocho.—Lo que puedo decirle es que, si no lo hace, esos muchachos bien conectados vendrán tras usted con todo lo que tengan. Le di una victoria al Noveno y mitigué sus beneficios a costa suya, así que aceptaron mantener sus problemas en los patios de la escuela. Sin recompensas, sin apelar a conexiones externas. Puede hacer con ese acuerdo lo que desee.

Song vaciló.

—Suenan—aventuró Maryam—como un trato lo suficientemente decente. No creo que queramos iniciar una guerra tan pronto, ¿verdad?

—Si lo mejor que pueden reunir es amenazarnos con fuerzas superiores, entonces no necesitamos inclinar la cabeza—opinó Angharad—. Al contrario, levantemos la bandera y que otros, contrarios a su brigada, acudan en su apoyo.

—No estamos peleando solo contra ellos o sus amigos si ponen una recompensa—objetó Tristan—. Estamos enfrentando a todos los que necesitan dinero, y supongo que esa lista será mucho más larga.

Ninguno de ellos era insensato en su opinión. Era una batalla dura que afrontar tan temprano y contra un oponente cuyas fuerzas y medios aún desconocían, pero Angharad no estaba equivocada en notar que el Noveno parecía jugar sus cartas de manera imprudente—lo que olía a postureo, a debilidad. Pero había más en esa decisión que eso.

—No podemos ser los primeros en desafiar abiertamente al Noveno Batallón—dijo Song con serenidad.—Usando las conexiones de su capitán, quieren reinar como los príncipes de Scholomance, y eso significa que quien sea que desafíe su dominio debe ser un ejemplo para asustar al resto. Seguramente cruzarán límites para lograrlo, una complicación de la que no necesitamos cuando ya nos acechan tantos problemas.

Los labios de Angharad se fruncieron levemente.

—El Tercer Batallón—.

—Busca un cabeza de turco para incapacitar a sus rivales—intervino de manera aguda Song—. Somos foráneos traídos para que no haya enfrentamientos directos entre primos, no aliados. Si formaran una coalición contra el Noveno, sería otra historia, pero esa no es la situación.

La Tianxi contempló a la otra mujer con severidad. Angharad apartó la vista primero, y el rostro de Song no revelaba ninguna de sus alivios ante el fin del desafío. Su control de la situación podría resquebrajarse si su más confiable partidaria dentro del cónclave empezaba a discutir demasiado sus decisiones. Volvió la mirada hacia el Capitán Wen y asintió.

—Gracias por negociar el acuerdo—dijo ella.

Como si la conversación hubiera sido convocada por un suspiro de silencio, el dueño del café apareció con una bandeja de plata. Tazas de porcelana para todos, salvo para Abrascal, quien recibió su agua en un cáliz de latón. La taza habitual de Wen resultó ser no solo una pequeña taza de porcelana con café, sino que acompañaba un platito de galletas de bizcocho decoradas con algún polvo cristalino. ¿Azúcar? De cualquier modo, Maryam se sirvió inmediatamente y desestimó el café por completo. Song observó su delicada taza blanca, con la superficie dorada de espuma en el café. La Liga Totochtin, si recordaba correctamente, era una coalición de ciudades-estado en el sur de Izcalli, que el reino permitía existir principalmente para librar guerras florales contra ella, raidándola regularmente en busca de prisioneros y botín. ¿Cultivaban café? No tenía idea.

Tomando un sorbo con cautela, encontró que el sabor era bastante suave—un poco ahumado y con un poso muy azucarado, como un tipo de jarabe. Estaba cálido y no desagradable, pero le faltaban los encantos del té bien preparado. Angharad bebió su propia taza con la misma resolución de un soldado que termina su licor, tragando sin una sola muestra de incomodidad y haciendo sonar sus labios después.

Song no había observado detenidamente, pero lo que acababa de beber parecía más bien un líquido negro azabache. Malani.

“¿Qué hay de la situación con los Cuarenta y Nueve?” preguntó, dejando su taza sobre la mesa.

Wen tomó un sorbo de su propio vaso y suspiró con placer, luego dejó la delicada porcelana y rompió un pequeño trozo de mantecoso bizcocho para devorarlo rápidamente. Solo después se molestó en responder.

“Conozco a su patrocinadora, Dionora Casal,” dijo Wen. “Nos incorporaron a los Laurel al mismo tiempo. Ella intentó intimidarme para que aceptara una multa por sus heridos, pero carecía de fundamentos sólidos para exigirla.”

“Fue su brigada la que me emboscó,” señaló Abrascal con franqueza. “Su capitán planeó todo desde que llegó a la Vieja Sala de Espectáculos.”

Que Tristan hubiera evitado toda una banda a costa de apenas unas contusiones, era, sin duda, admirable. El hombre no era incompetente.

“Eso es lo que escuché, sí,” reflexionó Wen. “Estaban tras alguna especie de recompensa y fueron ellos quienes atacaron, así que como reparación, les ofrecí una moneda de cobre y que Tristan escribiera una disculpa insincera.”

Song entrecortó la respiración. No esperaba mucho, dado que los Cuarenta y Nueve intentaban cobrar la cabeza de un miembro de su banda, y eso hacía difícil la paz, pero no había anticipado que Wen provocara activamente a su adversario. Debió haberlo sabido mejor. Wen no era ayuda, ese tonto de Ren, sino otro desastre que requería ser manejado.

“¿Qué tan insincero estamos hablando?” preguntó Tristan.

El capitán Wen abrió la boca para responder, pero ella interrumpió antes de que pudiera hacerlo.

“No te preocupes por eso,” dijo Song. “¿No habrá una tregua con los Cuarenta y Nueve, señor?”

Él negó con la cabeza.

“Y Dionora todavía se llevó la moneda de cobre que le lancé al hacer mi oferta, así que espero que la recuperes en mi nombre,” dijo solemnemente. “No podemos permitir que nos roben así, el honor de la brigada está en juego.”

Atacar a un superior sería una mancha en su expediente, se recordó a sí misma Song. Maryam, quizá compadeciéndose de ella, aclaró su garganta y cambió de tema.

“Nos dijeron que nuestro patrocinador explicaría cómo funcionará nuestro año en Scholomance, señor,” dijo. “Dado que las clases comienzan mañana, agradecería esa explicación.”

Wen se metió en su abrigo, sacando un legajo de papeles. Escogió uno de entre ellos, dejando el resto a un lado y desplegando el que había elegido para que todos pudieran verlo. En él aparecía el diseño de un horario para siete días, cada uno dividido en dos mitades.

“Hay cinco clases generales,” dijo Wen. “Son obligatorias para ustedes como parte de la educación común a todos los estudiantes de Scholomance.”

Su dedo señaló el primer día, la mitad de la mañana.

“Mandato,” explicó Wen, “es un estudio del propio Guardia. La naturaleza de sus derechos, privilegios, deberes y funciones. Muchos alumnos con algo de sangre negra ya conocerán estas cosas—algunos, al menos—pero es un conocimiento necesario para alguien como tú.”

El dedo se movió hacia el segundo día de la semana, nuevamente por la mañana.

—Saga, que en lo que a mí respecta es la materia más importante de tus clases. Incluye tanto historia reciente como el estudio de la Vespa moderna y sus fundamentos. Debes aprender acerca del mundo al que te enviamos, cómo funciona y cómo llegó a convertirse en lo que es.

El tercer día de la semana, todavía en la mañana.

—Teratología —dijo Wen—. El estudio de los monstruos: Lemures y lares. Biología, comportamiento, hábitat. Cómo matar o usar a estos seres, sus debilidades y sus deseos.

El cuarto día.

—Teología, el estudio de los dioses. He oído que será enseñada por un Navegante, así que también espera que se te introduzca en conceptos básicos de metafísica: Gloam, Glare, éter.

El quinto día, por la mañana como todos los demás.

—El último, inevitablemente, es la Guerra —dijo Wen—. No solo aprenderás a luchar y matar según las formas de nuestra orden, también estudiarás tácticas de escaramuza a escala de cábala.

—Eso deja las tardes libres —observó Song.

—Esas pertenecen a tu pacto —dijo él—. En algún momento de hoy se enviará una carta a tu alojamiento, en la que se detallará dónde deberéis encontrarse mañana por la tarde y presentaros ante vuestros compañeros de pacto. El horario para el resto del año será establecido por tus instructores en ese momento.

—¿Y los últimos dos días de la semana? —preguntó Maryam.

—Esos son tuyos —dijo Wen—. Puedes escoger una de las optativas si quieres, todas se imparten el sexto día por la mañana, pero no obtendrás privilegio alguno por ser más estudioso que los demás, salvo lo que aprendas.

Sacó otra hoja de su funda, la desplegó y la colocó junto a la primera. Era una lista, vio Song: las optativas. Fundamentos, Medicina, Navegación, Alquimia, Estrategia, Idiomas.

—Si deseas aprender algún idioma en particular, dímelo y lo arreglaré —dijo el Capitán Wen—. Más o menos se puede enseñar cualquier lengua hablada en un estado sucesor, pero si quieres algo más raro dependerá de si hay un docente para ello.

Asintieron lentamente todos en señal de acuerdo.

—¿Fundamentos? —preguntó Tristan.

—Es para poner al día a los que lo necesitan —respondió el capitán—. Lectura, escritura, números. Lo básico sobre las naciones, los idiomas y la historia de Vesper. Lo suficiente de los fundamentos para que no avergüencen a la Guardia cuando estén en el mundo por nosotros.

El Sacromontano tarareó, pero no dijo más. Si se sintió ofendido por ello, lo escondió bien.

—Los profesores en las clases generales normalmente asignarán tareas, que podrán ser fallidas —les informó Wen—. Si eso sucede, deberás rehacer la tarea. No completar todas tus asignaciones a satisfacción del profesor antes de fin de año te obligará a repetir la clase el siguiente año.

Hubo una pausa.

—Fallando dos veces en una materia, tu tiempo en la Escuelomancia llegará a su fin.

Un método que, pensó Song, era indulgente con el fracaso, aunque quizás había una razón más allá de una excesiva tolerancia a la incompetencia.

—Me han informado que se realizará un examen anual cuya falla podría expulsarnos también —dijo Angharad.

El Capitán Wen agitó la mano para descartarlo.

—Adaptense unas semanas, luego hablaremos del examen —dijo—. No tienen que preocuparse por eso por ahora.

Levanta un dedo.

—Lo que realmente deben preocuparse, —dijo—, es que a partir de mañana ya no será gratis alojarse en los dormitorios ni comer en los comedores. A menos que alguno de vosotros tenga una fortuna oculta, empiecen a hacer oro o a buscar otro lugar donde dormir.

Anoche, Song no accedió a los fondos de la compañía, prefiriendo en cambio evaluar la situación en Port Allazei. Sin embargo, ella sospechaba que los precios de las habitaciones serían lo suficientemente elevados como para que alojarse allí dificultara cualquier otra compra.

“¿Existen otros alojamientos en Allazei?” preguntó Angharad, sorprendida.

“No,” respondió Song con firmeza. “Se refieren a las ruinas.”

“Hay una ciudad de muros y techos allá afuera,” encogió de hombros Wen. “Busca una solución.”

Él volvió a beber de su taza y repitió el mismo ritual con la galleta seca. Maryam ya había terminado su galleta, notó Song, pero ni siquiera había probado su café.

“Termina tus bebidas y espera afuera,” ordenó Wen. “Necesito hablar en privado con tu capitán.”

“Ah,” sonrió Abrascal. “Eso de los privilegios secretos del Stripe del que he oído hablar.”

“No sería la Academia si no falsificaran las cartas,” respondió Wen con naturalidad. “Vamos, vayan ya.”

El ladrón bebió su agua y Maryam discretamente ocultó su taza llena detrás de la copa vacía, ignorando la mirada desaprobadora de Wen. Angharad fue la primera en salir, despidiéndose, y las demás la siguieron en su paso. El diablo llamado Hage asintió adiós desde atrás del mostrador, mientras limpiaba, pero no se molestó en decir nada. Después de que Wen terminara otra ronda de café y galletas, limpió su boca.

“Empieza a investigar sobre el Rectorado de Asphodel,” dijo. “Se supone que debo ser misterioso al respecto, pero lo más probable es que allí envíen a la Decimotercera para su prueba.”

Song asintió, su mente giraba en espiral. La noche anterior, buscó una biblioteca o al menos archivos, pero no parecía haber ninguno en Port Allazei. Lo más probable es que estuvieran en el centro de Scholomance.

“Ahora, como candidata de la Academia, tienes una recompensa y una advertencia,” continuó Wen, tomando un papel del montón y entregárselo.

Song lo desplegó, encontrando allí una secuencia de siete números.

“¿Debo entender el significado de esto?” preguntó.

“Es tu clave para la cuenta de la Academia en el banco,” respondió el capitán Wen. “De ahora en adelante, si entregas la tarea de uno de tus cabalistas al menos con dos días de antelación, el profesor lo anotará y lo enviará. Al final de cada mes podrás retirar diez cobre del fondo de la Academia por cada vez que esto ocurra.”

Carrots y bastones, repitió en silencio. Ahora Song tenía algo que solicitar a sus cabalistas y algo con qué recompensarlos. Algo también que retener si se negaban. Parecía una petición sencilla, para obtener fondos adicionales, precisamente porque lo era.

El sentido, pensó, era acostumbrarlos a escucharla.

“Gracias por la información,” dijo ella.

Wen encogió los hombros.

“Si alguno de tus compañeros quiere tomar un curso optativo, trata de informarme esta tarde,” dijo. “Puedes inscribirte otra semana todavía, pero hay plazas limitadas y la única regla es ‘quien primero llega, primero se le atiende’.”

“Me encargaré de ello de inmediato,” afirmó Song.

El oficial gruñó, pero no la despidió todavía. Parecía casi renuente cuando habló.

“Ten cuidado con los profesores,” advirtió finalmente. “He oído que algunos podrían tener algo en contra de ti por ese asunto de...”

Hizo un gesto vago.

“La Oscurecimiento,” dijo Song con franqueza. “Responsabilidad de mi familia en ello.”

—Eso, respondió el Capitán Wen de manera despreocupada.

Song se pasó la lengua por los labios.

—Parece —dijo— que no te preocupa demasiado eso.

Ella no albergaba esperanza. Sabía mejor, ahora.

—Tengo un corazón de salvaje —le confesó Wen en un acento neutro ninguneando toda modalidad de idioma—, como a ustedes, gente distinguida de la vieja nación, les gusta decir. ¿Qué me importan las penas de las Repúblicas?

Song mantuvo la expresión impassible, sin que se reflejara en su rostro. Eso era, en realidad, la traducción literal de yixin.

—Además —añadió Wen—, he oído que llamaron héroe a tu abuelo en esa primera hora. Se negó a derribar la torre de tres patas sobre la ciudad y salvó a miles, ¿verdad? Si algo no hubiera salido mal en el firmamento y no hubiera apagado a un Luminar, sería el hombre más querido en Jigong.

No lo hizo para salvar a desconocidos —pensó Song, aferrándose a esa verdad en el rincón más oscuro de su corazón—. Lo hizo porque sabía que mi madre estaba allí abajo. Su madre embarazada, con una barriga hinchada por el segundo de los hermanos de Song.

Por eso no podía odiar a su abuelo sin amarlo: si él no los hubiera arruinado a todos, Song no estaría viva para despreciarlo.

—Tendré cuidado —dijo, con la garganta apretada.

Wen la observó unos instantes.

—Termina tu café antes de marcharte —ordenó.

Era tiempo de recomponer su ánimo antes de encontrarse con los demás, un acto de bondad. Forzarla a beber algo que no le gustaba, una muestra de crueldad. Captain Wen Duan lo resumió en una sola frase, pensó. Para cuando se despidió, volvió a estar tranquila, con la mano sobre el cincel. Los otros estaban descansando afuera de la tienda, conversando en un murmullo que se apagó en cuanto ella salió.

—Tengo información —anunció Song— y necesitamos tomar decisiones.

—Mientras todos los demás estén en la Plaza de la Miseria, tendremos tiempo para ello —dijo Maryam distraídamente.

Ella no miró a Angharad al decirlo, pero tampoco era necesario. La Pereduri se puso rígida.

—Bueno —dijo Abrascal, ajustándose el cuello—, tuve una idea sobre eso. Hay un lugar que encontré y creo que deberíamos visitar mientras todos están ocupados. Algo que hallé anoche y que podría ser de utilidad.

—¿Utilidad de qué tipo? —preguntó Song con el ceño fruncido.

—Wen nos indicó buscar un lugar donde dormir —explicó—. ¿Qué tal una cabaña con jardín?

Perfectamente, lo que implicaba que había algún defecto oculto. Ella no era la única en tener esa sospecha.

—Ahora dígnanos cuál es el truco —dijo Maryam con grado de diversión en la voz.

El ladrón aclaró su garganta.

—Podría haber sido propiedad de un arzobispo del Hogar Sin Luna y estar protegida por magia Gloam —dijo Abrascal.

Song lo observó durante un largo momento y luego suspiró.

—¿De qué tamaño sería ese jardín? —preguntó, mientras Tristan sonreía con complicidad.